Círculo Rojo
EDITORIAL

ARCADIA SERÁ MI NOMBRE

ARCADIA SERÁ MI NOMBRE

Héctor Salazar

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 3482-2026

ISBN: 979-13-7060-482-0

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Héctor Salazar
Diseño de la Portada: Héctor Salazar
© Ilustración de portada: Octavio Martínez, Círculo Rojo
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A mis "amigos del otro lado", que sostuvieron mi mano cuando las palabras no alcanzaban y me guiaron en la creación de esta obra. Dedicada a los que buscan respuestas en los lugares equivocados y encuentran la Verdad en las páginas correctas.



Mi más sincero agradecimiento a Mario Javier Sabán, cuya magistral conferencia sobre los orígenes del cristianismo fue fuente de inspiración en pasajes clave de esta obra. Y mi reconocimiento eterno a Daniel Chapán y Albert Gozlan, maestros de lo invisible y custodios de la sabiduría ancestral del Árbol de la Vida, por abrir las puertas a los secretos que el tiempo no pudo borrar.

Gran parte de la luz y el misticismo judío que habitan en estas páginas os lo debo a vosotros. Que los frutos de este Árbol honren vuestra generosidad.

Índice

I 13
II 19
III 29
IV 43
V 57
VI 73
VII 83
VIII 95
IX 111
X 125
XI 141
XII 159
XIII 173
XIV 189
XV 203
XVI 219
XVII 233
XVIII 245
XIX 261

XX 273
XXI 283
XXII 297
XXIII 313
XXIV 331
XXV 339
XXVI 377
ILUSTRACIONES 411

I

A don Cristóbal le costó más trabajo que nunca abrir aquella vieja cerradura. El centenario portón de entrada a la Ermita de la Virgen del Apocalipsis se resistía de nuevo, aferrado con fuerza a su marco, como si se negara a que nada ni nadie pudiera profanar su paz y su silencio.

Aunque fuera el mismísimo párroco de la comarca y guardián del templo el que volvía a visitar el centenario retablo y a contemplar su desolación, ignoraba que el silencio del lugar custodiaba un misterio que ningún hombre vivo debía profanar.

Después de cerrar la pesada puerta con sumo cuidado y evitando hacer el más mínimo ruido, el anciano cura encendió una a una las velas que rodeaban la estancia. Cada una de ellas iluminaba tímidamente las quince estaciones del vía crucis que el Nazareno tuvo que penar antes de ser crucificado.

Don Cristóbal se acercó al espléndido retablo barroco. Y, después de mirarlo con tristeza por el lamentable estado en el que se encontraba, rezó un avemaría y se acercó a la custodia que guardaba algunos pequeños restos de los diez mártires.

Después de mirarlos con curiosidad y veneración, volvió a hacerse la misma pregunta. Más de cincuenta años cuidando de aquella hermosa ermita y nadie supo decirle quiénes eran aquellos diez mártires cristianos, de los que apenas se conservaban algunos huesos, un pequeño trozo de túnica chamuscada y un par de dientes.

Con una sentida reverencia se apartó del retablo dando unos pasos hacia atrás, sin darle la espalda a las imágenes que bendecían aquel sagrado lugar.

De repente golpeó con el talón del pie derecho algo que había en el suelo y que se desplazó hasta caer por los dos escalones que daban acceso al altar.

Cuál fue la sorpresa del viejo párroco cuando vio allí tirado un trozo del antebrazo y la mano derecha del Arcángel Gabriel, que, junto con el pergamino desplegado que sostenía, se habían desprendido de la imagen que coronaba el retablo.

Se agachó a duras penas mientras balbuceaba un "¡Bendito sea Dios!" y lo recogió del suelo con mucho cuidado y bastante dificultad debido a su considerable tamaño. La carcoma se había dado un festín a lo largo de los siglos y había devorado por completo parte del brazo del mensajero de Dios.

Don Cristóbal lo colocó encima del altar, no sin esfuerzo. Y comenzó a observarlo con curiosidad, intentando descifrar qué estaba escrito o dibujado en su día sobre aquel pergamino, que otrora fue blanco y que el paso del tiempo y el humo de las velas lo habían ennegrecido de tal manera que había hecho desaparecer por completo el mensaje del enviado de Dios.

Aquella imagen se encontraba a más de nueve metros de altura, por lo que nunca pudo ver qué es lo que anunciaba el Arcángel Gabriel. Aunque siempre pensó que lo más lógico sería que revelara la llegada del Mesías, intuía desde el primer día que entró en la vieja ermita que algún mensaje extraordinario portaba aquel enviado del Rey del Universo. Y estaba seguro que sería algo tan insólito y sorprendente como la mismísima Virgen del Apocalipsis para la Iglesia cristiana, ya que apenas era conocida ni tenía fieles y devotos.

Al anciano sacerdote no se le podía olvidar el día en que le comunicaron cuál era su destino y que sería el encargado de velar y cuidar de aquella pequeña ermita.

Hacía cerca de sesenta años ya, justo cuando acababa de ser ordenado sacerdote, y al viejo cura aún se le ponían los pelos de punta al acordarse de cuando escuchó a su prefecto nombrar a aquella Virgen… y que sería el encargado de custodiarla.

Nunca se pudo imaginar en sus largos años de seminario y de sentida vocación para entregarse al servicio del prójimo, que su destino sería estar a los pies de aquella hermosa y misteriosa imagen el resto de su vida.

El viejo párroco no dejaba de venerar a aquella sagrada mujer embarazada del Hijo del Hombre. Que reinaba con la luna a sus pies y con un enorme sol a sus espaldas tallado de forma magistral, que desde el centro del retablo parecía iluminar toda la capilla.

Don Cristóbal sabía que el desconocido imaginero que talló la Virgen tenía que conocer muy bien el Libro del Apocalipsis. Ya que había representado a la perfección la imagen de aquella mujer tal y como la describió san Juan Evangelista, el discípulo amado de Jesús.

Toda la imagen se correspondía con lo escrito por el apóstol. Por lo que no podía faltar la corona compuesta de doce estrellas que, junto con el sol y la luna a sus pies, la colmaba de majestad y poderío.

La Virgen del Apocalipsis estaba en unas condiciones deplorables. Apenas se podían vislumbrar los colores del vestido y del manto que la envolvían, oscurecidos por el paso del tiempo y devorados por la carcoma. Pero sorprendentemente la cara de la Virgen estaba especialmente bien conservada. Parecía como si no hubiera pasado el tiempo por ella y se mantenía sonrosada y lozana como el primer día.

El viejo cura siempre pensó que era un milagro. Y no le extrañaba nada que Dios no permitiera que el paso del tiempo alterara la belleza de la madre de Dios.

También le llamaban mucho la atención las dos poderosas alas que salían de la espalda de la Virgen y que parecían alzarla en vuelo, huyendo del poderoso dragón que, desde sus pies, intentaba arrebatarle a su hijo. Y que con su larguísima cola arrojó sobre la Tierra la tercera parte de las estrellas del cielo, que convertidas en demonios perseguirán al Hijo del Hombre y a los que siguen su camino.

Don Cristóbal volvió a inspeccionar el pergamino que portaba el Arcángel y que yacía sobre la mesa del altar mientras pensaban que no le quedaba otra que esperar a que algún buen restaurador fuera capaz de poder devolverlo a su sitio.

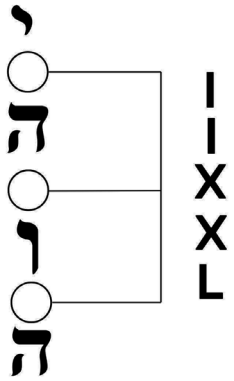
Un poco decepcionado por no encontrar el mensaje que tuvo que estar pintado en aquel trozo de madera tallada en forma de pergamino, decidió que era hora de marcharse y tomarse muy en serio la restauración de aquel espléndido retablo. El mismo que, año tras año, sufría de la indolencia del obispado, que nunca encontraba tiempo ni dinero para devolverle el esplendor de antaño.

Tras echarle una última mirada a aquel trozo del Arcángel Gabriel, decidió darle la vuelta para ver si el estado de putrefacción en el que se

encontraba el antebrazo y la muñeca del Arcángel seguía por el reverso del papiro.

Cuál fue su sorpresa cuando pudo contemplar unos extraños símbolos grabados, formando una curiosa composición a la que no daba crédito.

Don Cristóbal sintió un escalofrío que atravesó todo su cuerpo mientras observaba con detenimiento todas y cada una de las líneas, círculos y lo que comprendió rápidamente que se trataba de letras hebreas y números romanos, dispuestos en posición vertical y sin sentido aparente.



El viejo cura nunca estudió hebreo, pero había visto en muchas ocasiones esas letras hebreas con las que estaba escrita la Toráh, el libro sagrado de los judíos, que más tarde se convirtió, traducido primero al griego y luego al latín, en el Pentateuco, que es como son conocidos los cinco primeros libros del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana; Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Don Cristóbal los observó con detenimiento y pudo ver que eran tres letras diferentes y que una se repetía. Y sobre los números romanos tampoco supo adivinar por qué estaban allí grabados en ese trozo de madera y se repetían el uno (I) y el diez (X) y el cincuenta (L) no, además de que estaban uno encima del otro, en vez de en posición horizontal.

Sin dejar de mirarlos no podía salir de su asombro; con cada segundo que pasaba se convencía aún más de que el artista que talló aquella imagen quería dejar algún mensaje encriptado entre las letras hebreas,

los números romanos, los tres círculos y las cuatro líneas que conformaban aquella extraña composición. La misma que empezó por desquiciar al anciano párroco desde el primer día.

Estaba claro que quien lo grabó quería transmitir algo que estaba prohibido o por alguna razón no podía mostrarse a la vista de todo el mundo, por lo que estaba seguro de que debía tratarse de algún tipo de conocimiento o mensaje realmente trascendental. No podía ser de otra manera si lo anunciaba el Arcángel Gabriel, el mensajero de Dios.

Don Cristóbal se había quedado de piedra. Lo último que podía pensar era que el mensaje que entregaba el Arcángel —y que tantas veces se preguntó de qué se trataría— estaba justo detrás del pergamino.

De repente, una extraña sonrisa se dibujó en la cara de don Cristóbal cuando pensó que el mensaje siempre había estado allí y había permanecido oculto desde hacía siglos. Y le divertía pensar que Dios había decidido que el inexorable paso del tiempo destruyera la obra para que un octogenario sacerdote lo encontrara tirado en el suelo… y se devanara los sesos el resto de su vida intentando adivinar el significado de lo que aquel escultor desconocido había grabado con su gubia.

Lo que más sorprendía al viejo cura era por qué tanto celo en esconderlo en un lugar tan inaccesible y tan lleno de simbolismo como es el reverso del mensaje que portaba el Arcángel Gabriel.

Al cabo de un buen rato y harto de mirar aquel trozo de madera tallada, el párroco se dio la vuelta y encaminó sus pasos lentamente hacia la salida mientras intentaba recordar el Libro del Apocalipsis. Aunque lo había leído decenas de veces y casi se lo sabía de memoria intentando comprender cuál era el mensaje que quería transmitir, nunca pudo estar seguro de ninguna de las interpretaciones que se le habían ocurrido, incluso habiendo leído a escritores y teólogos que intentaron descifrar siglos atrás las terribles y escalofriantes profecías que relataba aquel libro sagrado.

No quería ni acordarse de los cataclismos, terremotos y lluvias de fuego que acabarían por envenenar la tercera parte de los mares, los ríos y las aguas de la Tierra. Y temblaba al recordar cómo la tercera parte de la población mundial perecería después de horribles sufrimientos, ya fuera por el sofocante calor de un sol que los achicharraba, o por no poder ver esa misma luz al oscurecerse el planeta entero durante años. Ya que el humo del fuego que asolaba toda la Tierra, los bosques y las montañas sería tan denso que la noche se haría casi eterna y la vida imposible.

Don Cristóbal se había puesto muy nervioso al acordarse del Libro del Apocalipsis, que tantas veces leyó y que en muchas ocasiones pensó que debía de estar prohibido.

La verdad es que, aunque no quería darle crédito, algunos habían llegado a unas conclusiones que le daban pánico, porque ponían en muy mal lugar a la Iglesia.

El anciano intentaba no darle importancia y siempre siguió con su labor evangelizadora y volcándose en ayudar a los demás, tal y como había jurado ante su Señor Jesucristo desde muy temprana edad.

Pero los últimos acontecimientos mundiales, con una tremenda inestabilidad política y social a lo largo y ancho del mundo, junto con las guerras que se habían desatado en los últimos años y la gran cantidad de armamento que no paraba de fabricarse, lo tenían más que preocupado.

Cada vez se oía hablar más de la tercera guerra mundial y que se podrían empezar a utilizar armas nucleares de un momento a otro.

Aunque el anciano cura intentara no pensar en ello, sabía que si se desataba esa diabólica guerra y se utilizaban bombas atómicas, todo lo que estaba escrito en el Apocalipsis de san Juan tendría sentido y la destrucción de la tercera parte del planeta y la desaparición de miles de millones de personas estaría a la vuelta de la esquina.

II

Los primeros rayos de sol acariciaban la mañana mientras una perfumada brisa de azahar se colaba por los ventanales del dormitorio.

Atenea iba despertando al día con la paz y la alegría que le daba el saber que dentro de su vientre empezaba a crecer un fruto de su ser y de su alma.

Con la cara aún mojada por el agua que acostumbraba a despertarle la primera sonrisa, cogió su cojín favorito y abrió la terraza de par en par. Lo colocó con cuidado en su rincón preferido y se sentó con las piernas cruzadas y la espalda bien recta mientras comenzaba a respirar profundamente, a la vez que sentía cómo le iba envolviendo una brillante y poderosa luz.

En pocos minutos ya había entrado en esa profunda meditación que tanto bien le hacía al sentirse en paz con ella misma y con la totalidad del universo, a pesar de las obligaciones y problemas que tenía que soportar a diario.

Sin duda alguna, la responsabilidad que suponía ser la nueva concejala de Educación y Cultura le estaba pasando factura.

Todos los días recibía felicitaciones y agradecimientos de un pueblo que empezaba a sentirse orgulloso de ella, ya que siempre se mostró como una persona sencilla, humilde y honrada, aunque a veces el exceso de celo en su trabajo la superaba.

Atenea era una joven tremendamente culta, ya que desde su más tierna infancia devoraba libros sin parar en busca de respuestas a las mil y una preguntas que se hacía a diario.

Había estudiado sin cesar desde la adolescencia las grandes religiones reveladas: el cristianismo, el judaísmo y el islam. Así como las filosofías orientales: el budismo, el hinduismo, el taoísmo y tantas otras corrientes místicas que alumbraron el corazón y el alma de millones de seres humanos a lo largo de la historia.

En todas encontró virtudes y defectos, verdades indiscutibles y extrañas contradicciones. Pero de lo que estaba totalmente segura era de que todas habían aparecido en el momento y en la época precisas por el bien de la humanidad y con un fin y un objetivo, que no podía ser otro que salvar al mundo del caos y la destrucción que siempre amenazaron al ser humano en cualquier época y en cualquier lugar.

A Atenea se le había quedado grabado desde muy pequeña el libro del Génesis —el primer libro del Antiguo Testamento, donde se narra la creación del mundo—, y le sorprendió en gran manera que, una vez que Dios había creado a los ángeles y les comunicó su intención de crear un ser a su imagen y semejanza, estos se negaran en rotundo a que engendrara al ser humano.

Al concebirlos a imagen y semejanza del Creador, los hacía seres superiores a ellos, ya que les concedía el libre albedrío, del cual los ángeles no disponían. Esto los hacía tremendamente peligrosos, ya que les daba el poder de crear la realidad. Y si utilizaban su poder de la forma incorrecta, podrían llegar a destruir el mundo y la creación entera.

Lo que realmente confundía a Atenea y hasta la atormentaba era cómo podía el ser humano llegar a controlar ese poder, cómo podía ser consciente del tremendo y divino don que le había concedido el Creador y qué tenía que hacer para poder canalizar esa fuerza capaz de materializar la realidad.

Para la joven concejala era de vital importancia llegar a conocer si había un método o un "libro de instrucciones" donde se le explicara al ser humano qué es lo que tenía que hacer para poder sacar de dentro de sí el poder divino que allí residía y cómo podría llegar a crear un mundo lleno de justicia, paz, amor y riqueza. Tenía que dar con la clave para poder enseñárselo a su pueblo y sacarlo de la ignorancia, la injusticia y la pobreza.

En sus inagotables jornadas de estudio, encontró en las filosofías orientales cantidad de libros que le enseñaban el camino de la meditación y el autoconocimiento que practicaba a diario, los cuales le ayudaban a controlar su mente y a permanecer en calma en momentos de angustia.

También había aprendido cómo saber esperar a que llegaran momentos mejores sin perder la fe en ese ser superior que siempre estaba ahí y con el que intentaba estar conectada en todo momento, sintiendo su presencia y su poder, que nunca la abandonaban.

Atenea estaba convencida de que eso que muchos llaman fe no era otra cosa que sentirse unido y protegido por el poder del Creador en todo momento, y eso se podía conseguir entrenando y controlando la mente y los pensamientos. De ahí su incansable afán por encontrar la mejor manera de enseñárselo a los niños y jóvenes de la tierra que la vio nacer.

Soñaba con que esa educación llegaría algún día a otros lugares del mundo donde, aunque fueran de otra cultura o religión, se comprendería que era la mejor forma de evitar enfrentamientos y guerras en un futuro.

Ella sabía que esos jóvenes de hoy serían los adultos del mañana: trabajadores, consejeros y directores de empresas, políticos o funcionarios públicos. O sencillamente padres y madres de familia que tendrían que educar a su prole con los mismos parámetros con los que los educaron a ellos, por lo que para ella era de vital importancia saber qué educación tendría que implantarse en su nación para que progresara y se convirtiera en un ejemplo que podrían copiar otros países.

Uno de sus objetivos era llenar sus calles y sus hogares de personas honestas, cultas, sinceras y preocupadas por el bien común. Por lo que se había propuesto enseñarles y animarles a conocerse a sí mismos, ya que estaba segura de que esa era una de las claves para progresar en la vida.

Atenea soñaba con un pueblo feliz, donde la honradez, el respeto y la justicia fueran la base de la convivencia, y luchaba por crear una comunidad cuya seña de identidad fueran el esfuerzo y el trabajo. Un mar en calma, repleto de justicia y bondad, donde la búsqueda de la superación personal en pos de la comunidad fuera el auténtico objetivo del pueblo. Y estaba más convencida que nunca de que, en cultivar el lado espiritual y místico de la existencia, estaba la otra gran clave para conseguir el equilibrio en la vida y ser más útil a la sociedad. Pero desde hacía unas semanas sus preocupaciones místicas y espirituales las compartía con su realidad material, que había cambiado de forma radical. Y no solo por haber sido elegida concejala de Educación y Cultura, sino porque hacía pocos días que le habían confirmado que estaba embarazada.

Atenea se encontraba tremendamente feliz e ilusionada, como es lógico en una mujer joven y enamorada, a pesar de sentir una enorme responsabilidad, ya que tendría que ser la madre perfecta, aparte de consejera y amiga de toda una región que había puesto todas sus esperanzas en ella para que la ayudara a educar a sus hijos.

Hacía años que gran cantidad de jóvenes abandonaban los pueblos en busca de mayores oportunidades en las grandes ciudades. El trabajo escaseaba y la vida rural no convencía a casi nadie. Por lo que las calles de los pueblos se fueron quedando solas, los comercios familiares fueron cerrando uno tras otro, las explotaciones ganaderas quedaron abandonadas, los colegios se iban quedando grandes y la edad media de la población subió de forma tan alarmante que los lugares más concurridos acabaron siendo los asilos y las casas del mayor, que proliferan por doquier.

Pero lo que de verdad preocupaba a Atenea era ese diminuto ser que empezaba a crecer en su vientre. No paraba de preguntarse si sería niño o niña, si sería alto y corpulento como su padre, o delgada y menuda, con el pelo negro y los ojos verdes como la madre.

Le inquietaba saber si sería una persona tranquila y razonable o más bien rebelde e inquieta. No quería ni pensar que no la dejara dormir, ya que para ella las noches eran sagradas y necesitaba tener profundos sueños, ya que a menudo sentía en la cama cómo alguna extraña fuerza intentaba comunicarse con ella. Muchas veces recibía mensajes extraños que no sabía de dónde venían y que no se atrevía a contar a nadie, porque temía que no la tomaran en serio, o lo que es peor, que dijeran que no estaba muy bien de la cabeza.

A veces le gustaba pensar que tendría un hijo varón, tan alto, fuerte y guapo como su amado esposo. Y disfrutaba soñando cómo las jóvenes, y más de un chico, caerían rendidos a sus pies, no solo por su belleza y elegancia, sino por su exquisita educación, distinguido trato e ilustre cultura.

Pero lo que en realidad la hacía sentir pletórica y llena de vitalidad y optimismo era recrearse en sus ensoñaciones y fantasías, y soñar que tendría una hija que llegaría a ser la emperatriz de un vasto imperio. Así, que si nacía mujer, su hija sería sin lugar a dudas la más guapa, elegante, culta, generosa y noble figura que jamás conocería país alguno.

Tampoco se le olvidaba el gran sueño de Santiago, su marido, que era restaurar lo que quedaba de la centenaria casona de piedra que habían comprado por cuatro perras hacía unos años. El caserón seguía allí, en medio del valle, esperando a que le echaran valor, tiempo y, sobre todo, mucho dinero, ya que tenía muchos más metros cuadrados de los necesarios para vivir, pero vieron una ocasión de oro para construir en el futuro su pequeño hotel rural y no dudaron en luchar por ver sus sueños hechos realidad.

A los dos les encantaba la idea de vivir en plena naturaleza, tan cerca del arroyo que les alegraba la vista y el oído, y rodeados de animales que harían crecer en cantidad y variedad para crear una granja escuela.

Pero lo que más ilusión le hacía era preparar un enorme salón para impartir clases de yoga, taichi, chi kung, artes marciales y cualquier práctica que ayudara a los huéspedes a dominar su cuerpo, su mente y su espíritu y poder encontrar el equilibrio en la vida.

Y así pasaban las horas y los días de la hermosa Atenea, combinando sus obligaciones profesionales con profundas y místicas lecturas de reconocidos escritores, pensadores, científicos y filósofos. Además de dedicar un ratito a soñar un futuro viviendo en medio de la naturaleza con su marido y su familia. Pero sobre todo, intentando adivinar cómo sería su preciado tesoro, ese que albergaba en lo más profundo de su ser y de su alma, esa pequeña criatura que algún día sería un gran personaje que sacaría a millones de almas de la ignorancia y les enseñaría el camino del auténtico conocimiento.

Atenea no dejaba de preguntarse sobre el sentido que tenía su existencia en la Tierra, si había un Dios que juzga desde lo más alto y, sobre todo, si existían otros mundos, otros universos o civilizaciones a millones de años luz o en otras dimensiones. De hecho, en algunas ocasiones afirmó haber tenido una sensación muy extraña, como si algo o alguien que no podía ver ni tocar estuviera cerca de ella. Y eso la inquietaba sobremanera.

Aunque siempre fue muy prudente y rara vez lo comentaba, sabía de la existencia de antiguas creencias y civilizaciones que aseguraban que se comunicaban con otros mundos, otras dimensiones e incluso otros seres que podían dirigir al ser humano en el camino de la evolución.

Atenea había aprendido que existían entidades que habitaban en otras dimensiones paralelas a nuestro universo material y que se con-

virtieron en fieles compañeros de viaje del alma humana durante su estancia por este mundo.

También supo de una milenaria sabiduría que proclamaba que la obligación de cada ser humano era corregir, limpiar y purificar su alma. Aunque esto brillaba por su ausencia en las calles de cualquier ciudad o país, ya que la ignorancia mantenía en la oscuridad a la inmensa mayoría de los pueblos.

La joven y hermosa concejala se había empeñado en conocer esos misterios de la antigüedad que podrían enseñar a su pueblo a encontrar el camino de la luz, la paz y el equilibrio en la vida. Y, según decían los viejos sabios, serían la clave para traer el progreso a su amada tierra.

Aunque había sido educada en los mejores colegios y universidades, ya que provenía de una aristocrática y rica familia, Atenea desconfiaba sobremanera de las instituciones eclesiásticas y las religiones oficiales. Sabía que siempre estuvieron al servicio de reyes y emperadores y que la mayoría de ellos se comportaban de forma tremendamente injusta.

Le entristecía ver cómo, a lo largo de los siglos, su tierra había sido habitada por culturas y religiones diferentes que siempre acababan sucumbiendo al enfrentamiento y al terror. Y se preguntaba qué tendría que hacer para que los diferentes credos convivieran en paz y armonía, ya que estaba segura de que tenía que existir una clave para demostrar que todos los pueblos y religiones deben coincidir en la esencia de sus ideologías, aunque cada uno tenga sus propias costumbres, ritos y creencias que habían heredado a lo largo de los siglos.

Por más que estudió la historia del cristianismo, ya que creía firmemente en la figura de Jesús de Nazaret, siempre encontraba mil y una contradicciones entre lo que se suponía que eran las enseñanzas del hijo del carpintero y lo que luego pregonaban desde el púlpito los clérigos de turno. Por no decir la cantidad de tropelías, injusticias y hasta guerras que se habían declarado en el nombre del que siempre abogó por la paz, el perdón y el amor.

No podía entender la demostración de riqueza y poder de la Iglesia. Se suponía que comenzó con doce apóstoles que lo dejaron todo y que pregonaban la pobreza y el desapego a todo lo material para poder alcanzar el reino de los cielos, pero los obispos, cardenales y algún que otro clérigo nadaban en la abundancia y la opulencia mientras millones de niños se morían de hambre. Sencillamente no podía aceptarlo.

Aunque Atenea investigó con absoluta dedicación la figura de Jesús de Nazaret vista desde diferentes perspectivas y credos, siempre le asaltaban las dudas y nunca se sentía satisfecha con las conclusiones a las que llegaba, ni tampoco aceptaba muchas de las lecciones que recibía por parte de estudiosos e ilustrados, con los que gustaba de compartir profundas y prolongadas charlas.

Por más que la intentaran convencer de la santidad de la religión cristiana, por encima de sus innumerables tendencias, interpretaciones, confesiones o credos, nunca se sintió satisfecha del todo con ninguna de ellas, ya que estaba estudiando en profundidad el origen del cristianismo y estaba totalmente convencida de que la clave de las enseñanzas de Jesús estaba adulterada desde la base.

Atenea era consciente de que las diferentes ramas del cristianismo habían contribuido al progreso de la humanidad, sobre todo en el mundo del arte y la cultura, y también en el del comercio y la economía, pero estaba totalmente segura de que se habían apartado de la auténtica sabiduría que enseñaron Abraham, Moisés y los sabios de la antigüedad.

Todas las iglesias cristianas habían llevado el Nuevo Testamento a miles de millones de almas en todo el mundo a lo largo de los siglos, con su mensaje de paz, amor y perdón tal y como promulgaban Jesús y sus apóstoles, y habían dirigido a una inmensa cantidad de fieles por el camino del bien. Pero algo debía de faltar o de fallar para que el mundo, después de más de dos mil años de la muerte de Jesús el Cristo, estuviera plagado de desigualdades, injusticias, miserias y guerras que amenazaban con acabar destruyendo el planeta.

Guerras entre cristianos católicos, protestantes y ortodoxos, lo cual, aparte de parecerle aberrante, le demostraba que en absoluto el cristianismo que todos ellos pregonaban se basaba las verdaderas enseñanzas de Jesús.

Atenea no dudaba en absoluto de que algún día la educación de los pueblos cambiaría radicalmente, y de que más pronto que tarde se le enseñaría a los pueblos a comunicarse con otros universos paralelos al nuestro y con los seres que allí habitan.

Atenea lo intuía desde pequeña por esa misteriosa presencia o fuerza que sentía cerca de ella en tantas ocasiones y que no sabía explicar de dónde venía, aunque podía comprobarlo a diario en sus profundas meditaciones, ya que sentía que su propio ser tenía una parte inmate-

rial o luminosa que se intentaba comunicar de algún modo con otros mundos u otros seres.

Ella pensaba que, si el Creador así había construido la realidad, no se equivocaba y que todo en esta vida tiene un porqué y un para qué, y estaba totalmente segura de que esto que ella sentía haría progresar a la humanidad antes o después. Y que si ella no era capaz de transmitirlo a su pueblo, de forma que los hiciera crecer en sabiduría y bondad, estaba segura de que esa criatura que llevaba dentro sí que lo haría.

Atenea estaba convencida de que sí existía la vida eterna como decía Jesús de Nazaret, el pueblo judío y tantas otras culturas, filosofías y creencias. Por eso pensaba que esos seres de otras dimensiones podrían haber existido en este mundo material y por alguna razón ya no volvían a reencarnarse en la Tierra y habitan universos o dimensiones paralelas desde donde pueden comunicarse con nosotros.

Ella sabía de culturas y religiones que creían firmemente en la reencarnación o en la transmigración de las almas, como le llamaban otros. Y siempre le había parecido algo lógico, ya que eso de que después de morir vamos al cielo o al infierno eternamente le parecía que era más que discutible y que podría ser cierto, pero con algunos matices.

Le gustaba pensar que las almas se van corrigiendo y purificando a lo largo de su paso por este mundo material. Y así se van elevando e iluminando, para acabar enseñando y dirigiendo a los demás, ya que para ella el fin último de la creación es la corrección de las almas y la perfección del universo o la creación.

Ella estaba segura de que las almas de todos los seres humanos irían perfeccionándose a lo largo de diferentes reencarnaciones para llegar a convertirse en seres superiores en bondad y sabiduría, y así alcanzar el arquetipo de perfección a los que nos debe llevar nuestra propia naturaleza divina, ya que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios.

A veces se preguntaba en quién se reencarnaría cuando muriera. Había leído que, según te comportas en esta vida, podrías reencarnarte en seres superiores, como grandes personajes que ayudaron a progresar a la humanidad. O, por el contrario, podrías convertirte en un auténtico paria, pobre y desgraciado, que acababa arrastrando su alma por la Tierra para poder ser corregido y purificado a través del sufrimiento.

Lo que más le extrañaba y le costaba creer eran algunas culturas orientales que mantenían que podíamos reencarnarnos incluso en ani-

males e insectos. A esto no le encontraba ningún sentido y prefería no pensar en ello.

Lo que sí le fascinaba de verdad era pensar en algo que había leído y que le parecía uno de los mayores y más beneficiosos misterios de la creación. Decían los sabios de la antigüedad que, si alcanzamos el nivel de evolución e iluminación necesarios, no volveríamos a reencarnarnos en seres materiales, sino que nos convertiríamos en seres espirituales, luminosos o energéticos. Y habitaríamos otros mundos, dimensiones o universos de luz que coexisten a la vez que nuestro mundo material y que están interconectados de tal manera que podríamos ayudar y dirigir a las personas que siguen viviendo en la Tierra.

Esto traía de cabeza a Atenea, ya que no dejaba de pensar en esa extraña fuerza o energía que sentía tantas veces junto a ella y que, a veces, pensaba que la había ayudado en más de una ocasión a resolver cualquier problema que tenía en sus quehaceres diarios, ya fueran personales o profesionales.

¿Quién podría ser? ¿Sería su admirado y querido padre o la gruñona y resignada de su madre, que tan jóvenes murieron en un terrible accidente de tráfico? ¿O sería alguno de sus abuelos, aunque no los conociera a todos? ¿Pero tanto se habrían iluminado y perfeccionado en la Tierra como para no volver nunca a reencarnarse?

La verdad es que no lo creía posible, ya que siempre los vio demasiado humanos, con sus virtudes y defectos, y muy lejos de haberse convertido en seres superiores al final de sus días.

Por lo que todas las noches se acostaba pensando si algún día se revelaría esa fuerza, ese ángel o ese ser de otra dimensión que estaba segura de que siempre "andaba" cerca de ella y que tenía algo muy importante que comunicarle.

III

Había sido un día agotador.

Las insufribles reuniones y entrevistas con los diferentes alcaldes, concejales de turno y políticos de la comarca, habían dejado a Atenea totalmente exhausta y hasta con ganas de tirar la toalla.

Ella intentaba promover actuaciones conjuntas entre varios pueblos y siempre había algún dirigente o personaje que se oponía, porque decían que saldrían perdiendo y los otros pueblos ganando. Había tal falta de empatía entre todos ellos que entendía cómo los pueblos se iban empobreciendo y vaciando.

Por más que intentaba implementar nuevos proyectos y nuevas ideas para que los jóvenes no emigrasen a las grandes ciudades, le era totalmente imposible. Siempre estaba el zoquete o egoísta de turno que aparentaba mirar solo por los intereses de su pueblo, cuando en realidad lo único que le importaba eran sus propios intereses particulares.

Cuando Atenea llegó a casa poco antes de la hora de la cena no tenía ganas de nada. No le quedaba ya ni una gota de esa fuerza que le daba el meditar todas las mañanas. Sin duda alguna, tantas discusiones y enfrentamientos en las asambleas, tanto egoísmo, orgullo y falta de solidaridad entre los representantes de los diferentes municipios la habían dejado agotada.

Pensó en pegarse un baño y relajarse, ya que temía que tanto estrés afectase al bebé que iba creciendo pacientemente dentro de su vientre y por nada del mundo quería poner en peligro la salud y el futuro de su niña. A todo el mundo le decía que iba a ser una niña. Aunque no se

había hecho aún las pruebas, sentía en lo más profundo de su ser que daría a luz a una preciosa niña.

Cuando se disponía a subir al baño, sin saber por qué, cogió el mando de la televisión y la encendió, cosa muy extraña en ella ya que casi nunca la veía porque estaba harta de ver cómo manipulaban, engañaban y distraían las mentes con sus noticieros, series y programas de entretenimiento.

Atenea estaba totalmente convencida de que si la gente dejara de ver la televisión —especialmente los grandes y más poderosos canales, los que tenían más audiencia— el pueblo sería cada vez más culto y eficiente, tanto en sus trabajos como en sus vidas. Ya que mirarían más adentro de su propio ser y encontrarían tarde o temprano a su verdadero yo, ese arquetipo de perfección que subyace en el inconsciente colectivo y que conecta a toda la raza humana con la Consciencia Universal o Supraconsciencia como la llaman otros.

Al encenderse la pantalla estaban dando la noticia de que *El Salvador del Mundo*, el famoso cuadro de Leonardo da Vinci, había salido a subasta y se había vendido por 450 millones de dólares… Y todo parecía indicar que lo había comprado el príncipe heredero de Arabia Saudí Mohammed bin Salmán.

Automáticamente Atenea pensó: ¡Qué barbaridad! ¡Qué dineral!

¡Qué vergüenza pagar tanto dinero por un cuadro! ¡Con el hambre que hay en el mundo!… por lo que apagó rápidamente el televisor.

Mientras subía las escaleras en dirección al baño, iba refunfuñando entre dientes por lo que creía que era otra de las grandes injusticias que abundan en el mundo de los negocios y del arte en particular.

Intentó tranquilizarse un poco poniendo esa música que tanto le gustaba, y que le ayudaba a calmar la mente. Y, mientras se iba llenando la bañera, esparcía por el agua las sales que tanto apreciaba, a la vez que encendía las tres velas blancas que siempre descansaban en una de las esquinas de la bañera.

Atenea intentaba olvidarse y no quejarse de todo lo terrenal que tanto la agobiaba. Y, aunque fueran unos pocos segundos, trataba de elevar su consciencia y darle gracias al Creador por todo lo que tenía. Eso siempre le ayudaba a sentirse fuerte y positiva, ya que se sentía acompañada y protegida por poderosas fuerzas que nunca la abandonaban.

Al desnudarse delante del enorme espejo que forraba la parte de atrás de la puerta del baño, no pudo evitar fijarse en esa barriga que había

crecido considerablemente casi sin darse cuenta. Automáticamente se le iluminó la cara y una enorme sonrisa le borró de un plumazo todas las amarguras y sinsabores de aquel horrendo día de trabajo.

Con sumo cuidado se fue metiendo en la bañera. No quería ni pensar en resbalar o en sufrir cualquier accidente que pusiera en peligro su embarazo. Y, después de un largo rato pensando en lo guapa y simpática que sería su hija, se asombró de que, después de más de tres meses que la llevaba en el vientre, todavía no habían decidido qué nombre ponerle. Y, aunque habían barajado varias opciones, el feliz matrimonio no coincidía en cuál debería de ser el nombre elegido, entre otras cosas porque Santiago quería que fuera un niño.

Después de pensar en varios nombres y no decidirse por ninguno, se le vino a la mente el apasionante libro que estaba leyendo sobre la historia del cristianismo y que le estaba sacando de muchas dudas sobre las auténticas enseñanzas de Jesús de Nazaret.

Lo primero que pudo comprobar era cómo la esencia judía de las mismas había ido desapareciendo a lo largo de los siglos. Por lo que estaba segura de que lo que enseñaban las iglesias cristianas sólo coincidía en parte con lo que predicaba el hijo de María y José el carpintero.

Por supuesto que sí predicaban el amor al prójimo, el perdón y la caridad, pero intuía que algo muchísimo más importante estaba siendo ocultado desde hacía siglos y necesitaba encontrarlo lo antes posible para comunicárselo a su pueblo. Y, sobre todo, a sus dirigentes, para que implantaran un nuevo plan de educación que sacara al mundo de la oscuridad y de la ignorancia.

Atenea prolongó el baño un rato más con las dos manos acariciando su vientre, hasta que sintió que el agua ya había dejado de tener una temperatura agradable y salió de la bañera.

Después de hacerse la cena y disfrutar de una completa ensalada y un pescado a la plancha que le supo a gloria, llamó a su marido y estuvieron charlando largo rato sobre los asuntos cotidianos y, sobre todo, por los problemas que tenían en el trabajo, que los traían a los dos por la calle de la amargura.

Santiago trabajaba en una multinacional de la informática que lo llevaba de una ciudad a otra sin descanso. Y, a pesar de que tenía un buen sueldo, estaba loco por cambiar de trabajo y establecerse en su tierra, cerca de su mujer y del bebé que esperaban. Pero allí las oportunidades

eran pocas o ninguna, a no ser que decidiera emprender por fin aquel hotel rural que ya tenía en mente y que tanto le ilusionaba.

Estuvieron charlando hasta bien entrada la noche y, cuando el cansancio y el sueño empezaron a hacer mella en los dos, se despidieron mandándose infinidad de besos y deseándose lo mejor para el día siguiente.

Atenea se metió en la cama acordándose de la noticia que había visto en la tele y que tanto la había impresionado, sobre todo por los cuatrocientos cincuenta millones de dólares que habían pagado por el magistral cuadro de Leonardo da Vinci.

La joven se durmió renegando de un sistema y una sociedad que son capaces de permitir que algún multimillonario se gaste una fortuna en un capricho que colgará en la pared de un ostentoso palacio y que, en el mejor de los casos, alguna que otra vez le echará un vistazo. Le parecía tan injusto, que siguió pensando en la cantidad de obras de caridad y ayudas sociales que se podrían hacer con esa fortuna, hasta que el sueño la venció y se quedó profundamente dormida.

Sería cerca de la medianoche cuando, entre sueños, sintió esa extraña energía, esa misteriosa presencia que tantas veces notaba que la acompañaba. Pero esta vez fue diferente. Empezó a sentir un misterioso y continuo zumbido en los oídos que subía y bajaba de frecuencia de forma intermitente. Y, aunque le extrañaba, no sentía temor y procuraba mantenerse concentrada en esa vibración que no sabía de dónde venía, pero que estaba segura de que presagiaba algún extraño acontecimiento.

Al poco tiempo empezó a sentir como si comenzara a elevarse de la cama poco a poco, hasta que, desde arriba, pudo verse a ella misma tumbada y dormida, mientras sentía cómo estaba separada de su cuerpo y se empezaba a mover por la habitación.

Aunque al principio tuvo un instante de temor ante tan extraña situación, rápidamente pensó que debía de tratarse de un viaje astral. Había leído sobre ello y sabía que el cuerpo de luz o astral de los seres humanos puede separarse de su cuerpo material, y no solo en el momento de la muerte. Ya que, estando dormido también puede desprenderse para volver a fusionarse pasados unos minutos o segundos.

Aunque no era muy común, conocía muchos casos de personas que los habían vivido y dieron testimonio en su día. Por lo que intentó mantenerse tranquila y disfrutar de la experiencia.

De repente sintió cómo salía de la habitación, cruzaba el pasillo y bajaba las escaleras. Lo veía todo desde arriba, como si estuviera flotando

en el aire, con una sensación de placer, libertad y poder que jamás había sentido. Hasta que de repente vio cómo salía de la casa y aparecía en una estancia tremendamente luminosa, donde no había absolutamente nada; sólo luz. Apenas se vislumbraban unas paredes como metálicas, que reflejaban aún más la luz, y unos grandes huecos que dejaban ver un fondo oscuro con millones de puntos de luz, como si fueran estrellas, planetas o galaxias.

No entendía nada, solo podía sentir una inmensa calma y una tremenda paz que no había sentido nunca en su vida. Atenea no quería preguntarse nada, sencillamente prefería disfrutar de aquel sueño, viaje astral o lo que quisiera que fuera, mientras se acariciaba el vientre, como queriendo animar a su bebé a que sintiera lo mismo que ella estaba sintiendo.

De repente escuchó una cálida voz que la llamaba por su nombre. No podía ver a nadie y tampoco podía asegurar que fuera una voz de hombre o de mujer. Lo único que deseaba en ese momento era saber quién o qué era quien la llamaba.

Al instante empezó a materializarse una forma humana justo enfrente de ella, aunque separada unos cuantos metros. Era un ser tremendamente bello y luminoso. Estaba formado por infinidad de puntos de luz que se iban condensando poco a poco, aunque sin llegar a convertirse en un ser material. Ya que a través de él podía seguir viendo el firmamento lleno de estrellas y galaxias.

Atenea se sentía totalmente maravillada con la situación y más que fascinada con ese ser luminoso que permanecía enfrente de ella. Solo podía ver una figura totalmente andrógina, y era tal la luz y la paz que desprendía que apenas podía vislumbrar un rostro anguloso tremendamente hermoso y unos cabellos largos, como brillantes filamentos de luz dorada.

De repente, aquel asombroso ser de luz comenzó a hablarle con una voz dulce y cadenciosa que le decía:

—Atenea, tienes un nombre tan bello como tu alma, siempre dispuesta a ayudar a tu pueblo y a luchar por un mundo más justo. Por eso el Creador te ha traído aquí para que te enseñemos el camino que debéis aprender los seres humanos para llegar a convertiros en seres luminosos como nosotros. Y me ha elegido a mí, Yibril, para que te comunique los conocimientos sagrados que deberás enseñar a tu pueblo.

Algún día habitaréis esta dimensión donde nos encontramos ahora. Nosotros eternamente. Tú, de momento, tendrás que volver al mundo material, ya que tu alma tiene un objetivo en la vida que tiene que cumplir. Pero algún día te unirás a nosotros para siempre, ya que los pensamientos que inundan tu mente a diario y tu consciencia están cada vez más elevados y más cerca de sintonizar con la Consciencia Universal.

Tienes que saber que todos tenéis una misión en la vida, pero muy pocos sois conscientes de ello y cumplís con vuestro propósito en la Tierra. Por lo que tenéis que reencarnaros muchas veces para poder ir corrigiendo, perfeccionando e iluminando vuestra alma hasta que seáis lo suficientemente puros como para uniros eternamente a nosotros.

Atenea lo miraba extasiada y, aunque quería preguntarle mil cosas, una extraña fuerza se lo impedía, y entendía que lo único que tenía que hacer era callar y escuchar las palabras de aquel ser de otra dimensión.

Yibril habló de nuevo y lo que empezó a contarle la iba dejando cada vez más impresionada:

—Hoy te has acostado muy contrariada por la descomunal suma de dinero que han pagado por el cuadro *El Salvador del Mundo* de Leonardo da Vinci. Pero debes de saber que no es caro en absoluto, ya que no hay dinero en el mundo que pague el conocimiento y el mensaje que hay ocultos en esa obra y que Leonardo quiere transmitir.

Es necesario que vosotros, los seres humanos, pongáis en práctica la sabiduría que se esconde detrás de ese cuadro, porque será la única solución para que ese maravilloso planeta donde vivís, que está en manos de gente cada vez más malvada, injusta y diabólica, no sea destruido para siempre.

Has de saber que Leonardo ocultó entre sus pinceladas los auténticos conocimientos que practicaban los místicos judíos de la época en la que él vivió, el Renacimiento. En esa pintura está escondida y encriptada la misma sabiduría que conocían y practicaban los sabios y místicos judíos de la edad antigua —como los esenios y los gnósticos— al igual que Jesús y sus doce apóstoles, que eran todos judíos y bebieron de las mismas fuentes. Y todos sabían que serían capaces de redimir o salvar el mundo si los pueblos conocieran la sabiduría que enseña el camino de la vida eterna y la pusieran en práctica en sus vidas, en su día a día.

Te preguntarás por qué Leonardo los oculta en el cuadro, por qué tanto misterio y por qué no los muestra abiertamente.

Y la respuesta es muy sencilla.

Como sabrás, en la época del Renacimiento, alrededor del año 1500 d. C, —que es cuando se pintó este cuadro— la que llamaban "Sagrada Inquisición" torturaba o quemaba vivos a cualquiera que cuestionara sus dogmas y su autoridad moral. Por lo que cualquier conocimiento que ellos no aprobaran se tenía que transmitir de palabra o de forma secreta, con mensajes ocultos…Y este cuadro es el caso más fascinante que puedes imaginar, porque detrás de las magistrales pinceladas del genio italiano se esconde nada más y nada menos que el Árbol de la Vida, que es el alma del misticismo judío.

Como sabrás, a los judíos los perseguía la Inquisición sin descanso… Y eso que Jesús de Nazaret era judío, sus doce apóstoles eran judíos, y de los primeros seguidores de Jesús durante los trescientos años posteriores a su muerte, la mayoría eran judíos que creían que Jesús era el Mesías.

Puedes estar segura de que muchos de ellos conocían y practicaban el misticismo judío y los secretos del Árbol de la Vida, por lo que los esenios —esa comunidad de místicos judíos, estudiosos de la Toráh y que creían firmemente en la reencarnación y en la comunicación directa con el Creador— tenían que saber que el poder para conquistar la vida eterna se encerraba en el Árbol de la Vida.

Por eso los esenios vivían en el desierto y en la clandestinidad por temor a ser aniquilados por los romanos y por algún que otro judío afín al imperio que luchaba por todos los medios por conservar su poder.

Como habrás leído en más de una ocasión Jesús no perteneció a esta secta, aunque compartió las ideas y costumbres del judaísmo del Segundo Templo en el que ambos coexistieron. La conexión la tuvo a través de su primo Juan el Bautista que frecuentaba esa comunidad y bautizó a Jesús en un lugar del río Jordán que no se encontraba lejos de allí.

Pero todo esto a la Iglesia de la Edad Media y el Renacimiento le daba exactamente igual. Las altas jerarquías habían decidido que todo lo que oliera a judío era todo una herejía y: ¡o se convertían y sometían al cristianismo que ellos predicaban! o… ¡acababan en la hoguera! Curiosamente lo mismo que le pasó a Jesús, que como bien sabes, lo condenaron a morir en la cruz los miembros del sanedrín —los llamados saduceos— que era la alta jerarquía eclesial de los judíos. Aunque muchos hayan querido echarle la culpa a los romanos —que no hicieron otra cosa que lavarse las manos— ya que les venía muy bien que desapareciera, porque sus enseñanzas ponían en peligro el imperio. Pero

la decisión final la tomaron los más ortodoxos de los judíos, porque perderían sus privilegios y la protección del imperio.

En ambos casos la Iglesia al servicio del Imperio romano imponía su ley y destruía el auténtico conocimiento que podría iluminar las mentes y las almas del pueblo, con un solo objetivo: mantenerlos en la ignorancia, que es la mejor forma de tenerlos sometidos y esclavizados.

Y el mejor ejemplo lo puedes comprobar tú misma, ya que estoy seguro de que no sabes nada del Árbol de la Vida. Ni siquiera que se encontraba en el Jardín del Edén, exactamente en el centro del mismo. Lo puedes verificar, si quieres, en el Antiguo Testamento, en el Libro del Génesis, entre los capítulos 2 y 4, y en el Nuevo Testamento en el Apocalipsis de san Juan. Y deja bien claro cómo este Árbol ofrecía la vida eterna a quien se alimentara de él. Pero misteriosamente la Iglesia parece ser que ha preferido tenerlo oculto a lo largo de la historia, ya que poco o nada habrás escuchado hablar de él. Pero sí habrás oído hablar mucho, muchísimo, del Árbol de la Ciencia del Conocimiento del Bien y del Mal.

Atenea, extasiada, asentía con la cabeza sin ser capaz de pronunciar ni una sola palabra, mientras Yibril comenzaba a hablarle de nuevo:

—Ahora es el momento de explicarte cómo lo representa Leonardo oculto tras las pinceladas de su magistral obra.

Lo primero que debes saber y tener muy claro es que El Árbol de la Vida no puedes confundirlo con el Árbol de la Ciencia del Conocimiento del Bien y del Mal, que es el de la famosa manzana, la que la serpiente le dio de comer a Eva y que es del que desgraciadamente os alimentáis la mayoría de los seres humanos día a día… y que es el responsable de todos los males y la oscuridad que inunda al mundo. Ya que alimentarse de él significa vivir en una eterna dualidad, apartado de la unidad con el Creador y estando sometido a la casualidad que provocan las leyes de causa y efecto.

La vida se convierte en puro azar sin sentido que no lleva al alma humana hacia ninguna parte, ni la dirige en busca de la iluminación y la perfección.

No, el Árbol de la Vida es otro totalmente diferente. Y no te preocupes, que lo vas conocer al detalle, ya que, oculto en este cuadro, se encuentra el secreto de cómo alimentarse de él, destruyendo el mal que atrapa vuestras almas y por consiguiente destruyendo el mal que los seres humanos generáis y que domina el mundo.

Solo tienes que observar cómo Leonardo tituló el cuadro: *El Salvador del Mundo*. Y no se titula Jesús bendiciendo al mundo, o Jesús y la esfera o Jesús sosteniendo el mundo, por si alguna vez piensas que esa bola transparente simboliza al mundo, porque mucha imaginación tendrías que tener para pensar que en esa esfera transparente estuviera sintetizado el mundo o el planeta Tierra. (Fig. 1)

Si te fijas bien en esa esfera que Jesús sostiene con la mano izquierda, lo primero que llama la atención es que no puede ser de cristal, porque si fuera así todo lo que hay por detrás se mostraría al revés por las leyes de la refracción de la luz, por lo que los pliegues de la ropa aparecerían invertidos o deformados, luego no es de cristal, porque está claro que Leonardo conocía de sobra estas leyes de la óptica, y seguro que no se equivocó al pintarla de esta manera.

Da Vinci lo pintó así adrede, porque lo que quería representar era una esfera inmaterial, intangible, etérea, irreal, invisible, una esfera de luz, de energía. Lo que en realidad quería representar es una dimensión que no pertenece a vuestro mundo material.

Y más exactamente una de las diez dimensiones que forman el Árbol de la Vida.

De repente fue apareciendo a la derecha de Gabriel una estructura en tres dimensiones formada por diez esferas luminosas de diferentes colores y entrelazadas por veintidós senderos, con unos extraños signos que Atenea rápidamente supo que se trataban de letras hebreas. Y, aunque seguía sin entender nada, continuó en silencio, atónita ante lo que estaba escuchando y viendo. (Fig. 2)

Yibril continuó diciéndole:

—Tienes que saber que esto que estás viendo es una representación del Árbol de la Vida, esencia y fundamento del misticismo hebreo, la milenaria y sagrada sabiduría que os ayudará a solucionar los más grandes problemas que tenéis en el mundo. Que no son otra cosa que el resultado y el reflejo de vuestros problemas y desequilibrios personales, cuya raíz se encuentra a nivel mental y espiritual y que sufrís millones de seres humanos en la Tierra.

Vuestros bloqueos mentales y desequilibrios psíquicos acaban derivando en problemas familiares, sociales y políticos. Desigualdades, injusticias, hambre, guerras, todo desaparecerá cuando a los niños de todo el mundo se les enseñe desde pequeños a encontrar el equilibrio a través del conocimiento de los secretos del Árbol de la Vida.

Tienes que saber que en él se representa el descenso que realiza vuestra alma hasta su materialización en la Tierra encarnada en un ser humano, así como el ascenso de vuelta para volver a fundirse con la esencia del Creador, de donde proviene.

Poco a poco aprenderás que a través de la conexión que existe entre la Consciencia del Creador y los pensamientos que inundan la consciencia de todos y cada uno de los seres humanos es cómo se va creando vuestra realidad. Y en este árbol están representadas las claves para que cada uno encuentre su camino, sepa dónde radican sus bloqueos psicológicos y dónde los errores que va cometiendo y que le impiden avanzar en la búsqueda constante de su alma por conquistar la vida eterna.

El Árbol de la Vida es un mapa del camino que recorre el alma humana para llegar a convertirse en el arquetipo de perfección que subyace dentro de cada ser humano. Y así convertirse en la máxima expresión de uno mismo y poder contribuir de la mejor manera posible a crear un mundo mejor, libre de desigualdades, pobreza y destrucción. Si quieres conseguir una sociedad más justa, pacífica, dichosa y próspera, aquí tienes la clave de cómo se debe educar al pueblo para conseguirlo.

Y te voy a explicar cómo Leonardo escondió al Árbol de la Vida y sus diez dimensiones en esta incomparable obra de arte.

Puedes empezar observando esa esfera que sostiene en la mano izquierda. (Fig.3)

Como verás, el genio italiano pinta una gran greca dorada en el vestido de Jesús que forma una enorme X justo a la izquierda de la esfera, y la X, como bien sabes, es el número diez en números romanos. Por lo que una X y una esfera a continuación no puede ser otra cosa que diez esferas. Como las diez esferas que constituyen el Árbol de la Vida, donde se concentra la esencia de los diferentes aspectos de la consciencia y el poder del Creador y que estás viendo en ese holograma que aparece a tu derecha (fig. 2).

Pero no olvides nunca que hay una esfera más que permanece oculta, que es de vital importancia para poder equilibrar las otras diez, conectaros con la Consciencia del Creador y compartir su poder… más adelante la conocerás y comprenderás el por qué.

Pronto comprobarás cómo la Consciencia del Creador necesita de la consciencia de todos los seres humanos para continuar con la magna obra que es la creación. Y verás cómo se conectan a través de vuestros pensamientos, acciones y emociones. Por lo que es muy importante que

sepas cómo os relacionáis con cada una de estas diez dimensiones que pronto conocerás. Ya que en la búsqueda del equilibrio en todas ellas está el secreto de la iluminación y el poder divino que reside dentro de los seres humanos.

Como podrás observar, estas diez esferas se encuentran todas comunicadas por veintidós senderos que se entrelazan y comunican a través de las veintidós letras del alfabeto hebreo, ya que estas no son simples signos lingüísticos, sino las fuerzas creativas y canales de energía a través de los cuales Dios creó el universo. Y no te preocupes si no entiendes nada ahora porque sé que eres una persona muy curiosa y estudiarás e investigarás hasta comprender los secretos de la creación y del alma humana que se esconden detrás del Árbol de la Vida.

También es muy importante que sepas que las tres esferas de la derecha representan al lado masculino de la creación, que se conecta con tu aspecto espiritual, irracional y místico, y las tres de la izquierda representan al lado femenino de la creación, que se conecta con tu aspecto racional y material, el que te ayuda a luchar en tu día a día.

Tienes que saber que es de vital importancia que conozcas que tu Árbol de la Vida está interconectado con cuatro universos o mundos paralelos que interactúan contigo a través de tus pensamientos, de tus sentimientos y de las acciones que realizas en la Tierra. Por lo que conocerte a ti misma y observar en todo momento qué piensas, qué sientes y qué haces es la base para equilibrar las diez dimensiones que están representadas en esas diez esferas y en los veintidós senderos que las conectan.

Atenea se despertó de repente totalmente desorientada. Se veía de nuevo en su habitación. Pero tenía tan grabada en su mente la imagen de ese sorprendente ser luminoso mientras le hablaba y desprendía aquella mágica luz, que aún sentía la misma paz que todo lo envolvía. Y ya soñaba con volverlo a ver lo antes posible.

Recordaba perfectamente que le había hablado del Árbol de la Vida y de cómo Leonardo da Vinci lo ocultó en su obra para que las generaciones venideras supieran de la importancia de transmitir la sagrada sabiduría que se encuentra allí encerrada. Y que está al alcance de todos los que lo quieran estudiar y asimilar ese conocimiento para la salvación de su alma y del mundo. Por eso representó a Jesús de Nazaret sosteniendo aquella esfera transparente y con esa greca en forma de X delante de la misma, llamando la atención sobre la existencia de diez

dimensiones con las que la consciencia humana interactúa con la Consciencia del Creador para dar origen a la realidad.

Atenea pensaba que Leonardo tenía que estar muy seguro de que en algún momento de la historia sería necesario que alguien desvelara lo que había escondido en aquel cuadro por el bien de la humanidad.

Y así tendría que suceder, ya que sabía que el Creador, a través del poder que le da a los hombres y mujeres de la Tierra el elevar su consciencia y luchar por poder conectarse a Su propia Consciencia, acabaría por materializarlo en la Tierra en el momento justo. Y había llegado la hora.

Aunque siguió en la cama, ya no pudo volverse a dormir de nuevo. No paraba de darle vueltas a la cabeza pensando en lo que había visto y oído en aquel sueño. Se moría de ganas de que amaneciera para empezar a buscar, indagar y aprender de ese misticismo judío que estaba segura que podían practicar los esenios, Juan el Bautista y Jesús de Nazaret y cuyas claves se encontraban ocultas en el Árbol de la Vida.

Atenea se preguntaba cómo era posible que después de casi catorce años estudiando en un colegio de monjas, cristiano y católico, y tras haber asistido a miles de misas y sermones y haber aguantado estoicamente insufribles clases de religión, no hubiera escuchado ni una sola vez hablar del Árbol de la Vida y del infinito poder que parecía albergar.

Y rápidamente pensó en un artículo que había leído días atrás, donde algún avieso periodista daba a entender cómo los sumos sacerdotes y élites eclesiásticas ocultaban la verdad al pueblo, ya que eran los fieles lacayos de un poder político y económico que solo velaba por sus propios intereses y los de una minoría de familias y poderosas corporaciones, que hacían lo imposible por ocultar el conocimiento y la sabiduría al pueblo. Así los mantenían en la ignorancia para poder manipularlos y utilizarlos como esclavos de un sistema que solo los beneficia a ellos. Aunque prefería pensar que en realidad desconocían esta sabiduría y que había llegado el momento en que las iglesias cristianas aceptaran el misticismo como la esencia de las enseñanzas de Jesús y lo transmitieran a sus feligreses.

De repente pegó un bote de la cama, y aunque aún no había amanecido, se cubrió con una bata rápidamente y se encaminó hacia la pequeña mesa de despacho donde le esperaba su ordenador, ansioso por enseñarle los entresijos del Árbol de la Vida.

Atenea encendió el ordenador e impaciente le ordenó que encontrara información lo antes posible, ya que no quedaba mucho para que el sol asomara por el horizonte y tuviera que irse a trabajar. Necesitaba aprender algo antes de salir. Tenía que dominar esos conocimientos lo antes posible para poderlos transmitir a su pueblo. Estaba segura de que esa sabiduría sería tan enriquecedora para las almas de sus vecinos que se materializaría en justicia, felicidad y progreso más pronto que tarde.

En un instante apareció una larga lista de páginas que incluían las palabras clave y pinchó en una de ellas al azar.

Atenea pudo comprobar que en esas diez esferas que había visto conectada por veintidós senderos estaban representados los diferentes atributos del poder del Creador, que se acaban materializando en la Tierra a través de los pensamientos, sentimientos y emociones de los seres humanos, ya que están interconectados y forman parte de su alma.

Esto le impresionó en gran manera, ya que comprendió que hacía partícipes a los hombres y mujeres de la Tierra de la gran obra de la Creación. Y no hacía más que confirmarle lo que siempre había pensado, que somos los seres humanos los que vamos creando nuestro futuro.

Cada vez estaba más convencida, ya que estaba harta de comprobar que, mientras más visualizaba una situación, más fácil era que se materializara en su vida. Había tenido tantos sueños y deseos, que poco a poco, veía cómo se cruzaban en su camino, y tantos miedos y angustias, que acababan por estropearle planes y proyectos, que no dudaba lo más mínimo de que éramos nosotros con nuestros pensamientos y nuestras emociones los que creábamos la realidad que nos rodeaba.

Y eso suponía una tremenda responsabilidad.

Entonces fue cuando se acordó de aquellos ángeles que refiere el Génesis y que, con toda razón, se negaron desde el principio a que fueran creados los seres humanos, ya que podían destruir la creación.

Y no por casualidad, en ese mismo momento Atenea pinchó en un nuevo enlace que le enseñaba que cada una de las diez dimensiones del Árbol de la Vida tiene un aspecto positivo o luminoso y otro negativo u oscuro. Por lo que nuestra alma conectaba con la creación y la destrucción al mismo tiempo. Éramos creadores y destructores a la vez. Teníamos ese inmenso poder y miles de millones de seres humanos en la Tierra lo desconocían.

A partir de ese momento el principal objetivo que inundó los pensamientos y el alma de Atenea era encontrar la forma de llegar a comprender cómo poder conectar con esa parte luminosa de cada una de las diez dimensiones en todo momento y qué tendría que hacer para que su alma no sintonizara con la oscuridad que también residía en ellas.

No le quedaba más remedio que estudiarlas y comprenderlas una a una lo más profundamente posible para así poder enseñárselas a todos los que habían confiado en ella. Y si pudiera, al mundo entero.

Era la única forma de que, entre todos, consiguieran crear una sociedad honesta, culta, próspera y feliz.

De repente la claridad que entraba por la ventana le recordó que era hora de cerrar el ordenador y prepararse para un nuevo día de trabajo. Pero esta vez lo afrontaba con más ánimo y totalmente convencida de que vería sus sueños cumplidos antes o después.

Atenea cogió su cojín preferido, salió a la terraza y lo colocó con cuidado en el suelo. Se sentó con las piernas cruzadas a la vez que estiraba la espalda y comenzaba a respirar profundamente.

Le encantaba percibir esa poderosa luz que la iba envolviendo a la par que subía por su columna vertebral y la hacía sentirse una con el universo.

Pero lo que más le ilusionaba y le hacía totalmente feliz era compartir toda esa fuerza y ese poder con la pequeña criatura que iba creciendo dentro de su vientre.

IV

Hacía ya un buen rato que don Cristóbal la esperaba en el recibidor de la Casa de la Cultura. Se habían citado allí hacía unas semanas y, aunque Atenea había olvidado la cita, se acordó en el último momento y no tuvo más remedio que pedirle disculpas al viejo párroco por la tardanza. Algo imperdonable para ella, ya que la puntualidad era una de sus principales virtudes.

Ella sabía que la antigua Ermita de la Virgen del Apocalipsis se encontraba en muy mal estado, ya que siempre se fueron posponiendo las reformas por falta de presupuesto en el Obispado y había visto con sus propios ojos cómo se estaba empezando a pudrir la madera del altar.

Siempre le dio mucha pena, pues era una auténtica joya del barroco. Una magnífica obra de arte que siglos atrás relucía ante los ojos de los cientos de feligreses que acudían a diario a escuchar misa o a rezarle a la Virgen no podía permitirse que se estuviera cayendo a pedazos.

Al viejo párroco no le quedaba más remedio que pedirle ayuda a Atenea, por si podía solicitar alguna subvención para poder paliar los destrozos que el tiempo iba causando en las trabajadas tallas y en el pan de oro que cubría todo el retablo.

Don Cristóbal era lo que se suele decir un bonachón, una de esas personas que desprenden sencillez y bondad a manos llenas. Y que, después de toda una vida dedicada al servicio de los demás y a proclamar la fe que le habían enseñado desde que entró en el seminario, se encontraba en paz consigo mismo y con la creación.